

Fernando Gutiérrez: «José María Subirachs, en Sala Gaspar», *La Prensa*, 21 de Febrer de 1967

No puede sorprendernos lo más mínimo esta exposición de José María Subirachs. El artista que es capaz de enfrentarse con su propia obra y decir: «El abstracto puro ha llegado a una inmensa monotonía» es porque ha visto unas limitaciones contra las cuales se siente capaz de luchar y abrirse un paso nuevo con más anchas perspectivas de las que hasta ahora le ofrecía su posición. No es –no puede serlo en modo alguno- un renegado de unos principios que aceptó como fundamentales –no podían ser básicos, como ahora lo demuestra- en una actitud ante nuestro tiempo y su propio concepto de un contexto plástico que –nos lo demuestra también hoy-, como toda experiencia artística tiene esa condición de provisionalidad que posee toda obra humana. Su obra de hoy, capaz de acoger el tiempo sin que sus cualidades de pasado, presente y futuro, es la obra de un escultor nato que asimila y reúne en un todo, que es la propia obra, las experiencias vividas y el presentimiento de las que supone que va a vivir.

Esta andadura de hoy, en su intento de devolver el tema al arte moderno –a su arte, concretémoslo bien-, merece todos nuestros respetos, aparte de nuestra admiración por los resultados conseguidos. Ahí está esa espléndida muestra de lo que es posible conseguir con la conciliación armónica del realismo y el abstractismo. Ahí está el escultor que sabe su oficio en el más estricto sentido de la palabra y que, además sabe «su» arte, un arte nuevo que más que sorprendernos por venir de él, nos maravilla y justifica su esperanza.

Su obra representa el triunfo del arte sobre la materia. En muchos casos el arte de nuestro tiempo había sido esta fórmula a la inversa: el triunfo de la materia sobre el arte. Pero él ha llegado bien lejos: ha hecho triunfar, en la medida de sus grandes fuerzas, el arte y la materia al mismo tiempo y a la misma altura. Que lo haya conseguido con una técnica personalísima, es cosa que ya podía suponerse desde su primera exposición. Pero acaso no que lo consiguiese con tales resultados.

Cierto es que su figuración –esta figuración nacida «osmóticamente» (perdón por las palabras) de su no figuración y la belleza de su oficio, «significa», como dice él, no «re-presenta». Esa mezcla concienzudamente dosificada de barroquismo, romanticismo y clasicismo que hay en estas obras – por lo menos en la mayoría- no es sólo el resultado de su extraordinaria técnica, sino la consecuencia de un saber inteligente y de un deseo infinito de respirar a pleno pulmón con anchos horizontes frente a los ojos.

No creo equivocarme diciendo que esta exposición es francamente trascendental y representa en nuestro arte actual un verdadero acontecimiento

cuyo singular alcance no es posible prever todavía, dada la medida de su ambición.